



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



Universidad de la República
Facultad de Psicología
Trabajo Final de Grado

Repensar los vínculos tempranos en contextos migratorios: aportes desde la Psicología

Carolina Luciana Olhaberry Nanni
C.I. 2 810 866 - 6

Tutora: Prof. Titular. Dra. Karina Boggio
Revisora: Mag. Asist. Liliana Catalina Suárez

Montevideo, 12 de diciembre de 2025

*A mi hijo Julián, mi madre Luciana y mi hermana Fiorella.
A mis amigas de oro, Luciana, Ximena, Karina y Mónica.
A la memoria de mi viejo José. Donde estés, te abrazo.*

Índice

| | |
|---|----|
| 1. Resumen | 4 |
| 2. Introducción | 5 |
| 3. Migración sur sur y familias transnacionales | 8 |
| 4. Los aportes de la teoría del apego para pensar la maternidad en la experiencia migratoria | 14 |
| 4.1- Jhon Bowlby y la teoría del apego | 14 |
| 4.2 - La situación extraña de Mary Ainsworth | 15 |
| 4.3 - La crítica cultural de Heidi Keller | 16 |
| 5. La maternidad en el contexto de la experiencia migratoria | 18 |
| 6. Desafíos de la construcción del vínculo madre- hijo en la situación migratoria | 21 |
| 6.1 La clínica transcultural de Marie Rose Moro | 21 |
| 7. Reflexiones | 23 |
| 8. Referencias | 25 |

1. Resumen

En las siguientes páginas intentaré abordar desde la psicología herramientas conceptuales y reflexivas a fin de problematizar el apego temprano entre madre - hijo en contextos migratorios. Me interesa en particular, rescatar la experiencia de mujeres migrantes en etapa de maternidad en el país de acogida. Para ello se integrarán aportes desde la teoría del apego, de los estudios sobre identidad y de migración transnacional. A partir de la definición de apego de Bowlby, su desarrollo en los estudios de Ainsworth y las críticas transculturales de Keller, analizaré la construcción del vínculo madre-hijo en situación migratoria, teniendo presente el rol de la cultura y la importancia de las redes de sostén para la construcción del apego temprano. Esta monografía busca reflexionar sobre la experiencia de la maternidad en contextos migratorios desde una perspectiva centrada en la salud y la construcción del apego temprano, comprendiendo la movilidad como un derecho humano fundamental. Para ello, se propondrán reflexiones teóricas y estrategias de abordaje que contribuyan a una mejor comprensión e intervención en este ámbito.

Palabras clave: migración, maternidad migrante, apego temprano, cultura.

2. Introducción

“A lo mejor, en lugar de pensar en la identidad como un hecho ya consumado, al que las nuevas prácticas culturales representan, deberíamos pensar en la identidad como una “producción” que nunca está completa, sino que siempre está en proceso y se constituye dentro de la representación, y no fuera de ella.” (Stuart Hall, Identidad Cultural y Diáspora, 1990, p. 349)

La maternidad, la migración y el vínculo temprano son dimensiones profundamente humanas atravesadas por afectos, cuerpos, estructuras sociales y políticas, por nombrar algunas. Cuando confluyen, como sucede en la experiencia de muchas mujeres que se transforman en madres en un nuevo territorio, surgen preguntas y desafíos que requieren una mirada integral desde la psicología, la salud y los derechos humanos (Moro, 2022). Los estudios de género y de migración femenina son campos de estudio y de desarrollo relativamente recientes que aportan nuevas miradas. A partir de ellos, entendemos hoy que el desplazamiento de las mujeres migrantes no puede analizarse únicamente en términos económicos o demográficos. Deben analizarse en la intersección de género, clase, etnicidad y pertenencia cultural. Nira Yuval- Davis (2006) nos explica que estas divisiones sociales además “existen en las formas en que las personas experimentan subjetivamente sus vidas en términos de inclusión y exclusión, discriminación y desventaja, aspiraciones e identidades específicas” (p. 198). Desde esta perspectiva la migración femenina revela tensiones profundas entre ciudadanía, identidad y cuidado, al situar a las mujeres en un lugar central de reproducción social y afectiva en contextos transnacionales. Las mujeres no solo acompañan procesos migratorios, sino que también son sus protagonistas. Saskia Sassen (2003) vincula la globalización con las nuevas dinámicas del mercado laboral, señalando cómo la inserción de las mujeres migrantes en determinados tipos de trabajos están directamente relacionadas con transformaciones estructurales en la economía global. Se trata, en definitiva, de mujeres que cuidan para cuidar, cuya fuerza de trabajo sostiene tanto economías como afectos a escala global.

La maternidad, lejos de ser una vivencia puramente individual o solamente biológica, constituye una experiencia subjetiva que implica una reconfiguración personal y social. En ese proceso, las mujeres se ven atravesadas por modelos culturales de “buena madre” que estructuran y despliegan formas de comportarse, de ser y de cuidar (Moro, 2022). Podemos pensar que en contextos migratorios estas experiencias se intensifican. Las mujeres deben

responder a expectativas tanto del país de origen como del país de acogida, al mismo tiempo que deben ser capaces, o no, de manejar los desafíos de un nuevo rol, la construcción de redes de sostén y de comprender discursos médicos en un contexto cultural distinto.

Por todo lo anterior, resulta fundamental que consideremos las intervenciones que se realizan desde el área de la salud. Es necesario que profesionales de la medicina, de la psicología o cualquier persona que esté en contacto con una madre reciente cuente con la sensibilidad y la formación necesarias para evitar intervenciones totalizantes que impongan un único modelo de maternidad. Existen múltiples maneras de ser madre, cada una atravesada por las particularidades de su contexto cultural. Como señala Marie Rose Moro (2013), la maternidad migrante se convierte en un espacio de negociación de lo íntimo y lo cultural, entre lo subjetivo y lo normativo.

La parentalidad se fabrica con ingredientes complejos. Algunos son colectivos, pertenecen a toda la sociedad, cambian con el tiempo, son históricos, jurídicos, sociales y culturales. Otros son más íntimos, privados, conscientes o inconscientes, pertenecen a cada uno de los dos progenitores tanto como y futuro padre; también pertenecen a la pareja, a la historia familiar del padre y de la madre. Aquí se juega lo que se trasmite y lo que se esconde, los traumas infantiles y la forma con la que cada uno se ha ocultado. (p. 66)

En este contexto podemos pensar que el vínculo madre-hijo se vuelve un espacio para observar los efectos del desplazamiento, las pérdidas simbólicas y las materiales. También nos permite identificar la importancia de las redes, el acceso a derechos y a los sistemas de salud. Es así entonces que desde el concepto de apego temprano podremos indagar qué favorece o dificulta la formación de estos vínculos, y cómo impactan los factores contextuales en dicha construcción. Estudios recientes sobre maternología humanizada (Monterrosa et al, 2024) destacan que el apego materno-fetal es un predictor fundamental del apego materno en los primeros meses de vida, y que ambos influyen de manera decisiva en el bienestar físico y emocional de la madre y del hijo, y por tanto también de su entorno.

Surgen entonces las siguientes preguntas: ¿Cómo influye el proceso migratorio en la instalación del vínculo madre-hijo? ¿Qué elementos culturales y sociales intervienen en el apego temprano? ¿Cuáles son las redes de sostén de las mujeres migrantes en la

maternidad temprana? ¿Qué puede aportar la psicología en el acompañamiento de estas maternidades?

El acercamiento a esta temática tiene también un anclaje en la experiencia personal y en mi trayecto académico en la Facultad de Psicología de la UdelaR. Integré en el año 2015 el proyecto “Etnópolis. Negociaciones identitarias en Ciudad Vieja” dentro del programa HisPo (Fundamentos históricos y políticos de las prácticas en Psicología, s.f.) a cargo de la docente Karina Boggio. Etnópolis se enmarcaba en la línea AIR (Alteridad, Identidad y Reconocimiento) del programa, y el término hacía referencia a una de las nueve ciudades que Francisco Cruces (2012) enunciara en el intento por describir y comprender los procesos que suceden en lo que llama “urbanidad tardía”. El proyecto Etnópolis articulaba lo diverso, la interculturalidad vista desde Ciudad Vieja como recorte de un espacio urbano multiétnico emergente, para poner en diálogo las relaciones entre migrantes y no migrantes con la intención de mostrar los procesos de construcción identitaria y alteración presentes en individuos y colectivos (Boggio, 2012). En el año 2020 formé parte del Espacio de Acompañamiento Psicológico del Centro de Experimentación e Innovación Social de la Facultad en convenio con ACNUR. Este espacio ofreció atención a solicitantes de refugio, personas refugiadas y migrantes. Allí se desarrollaron, además de espacios individuales de consulta, diversos talleres colectivos en la búsqueda de brindar herramientas y generar redes de sostén y escucha entre los y las participantes.

Posteriormente, durante mi embarazo y en el nacimiento de mi hijo, atravesé uno de los momentos más intensos y transformadores de mi vida, en el que necesité del sostén afectivo y práctico de muchas personas cercanas. Estas vivencias, tamizadas por el trayecto académico trazado previamente, llevaron a preguntarme en una primera instancia, qué sucede con las mujeres migrantes que transitan la maternidad lejos de sus países de origen, sin el contacto presente y cotidiano con sus redes familiares y afectivas.

Esta monografía intentará entonces aportar reflexiones y elaborar propuestas para abordar la maternidad en contexto migratorio desde el punto de vista de la salud y la construcción del apego temprano, entendiendo la movilidad como un derecho humano fundamental.

3. Migración sur-sur y familias transnacionales

En las últimas décadas, los movimientos migratorios han experimentado transformaciones significativas. Uno de los fenómenos más notorios ha sido el incremento de las migraciones sur-sur, es decir, desplazamientos entre países del hemisferio sur, muchas veces atravesados por desigualdades económicas, políticas y sociales. Entre 2000 y 2020 la migración intrarregional creció comparativamente un 72%, siendo la mayor a nivel mundial (Cecchini y Martínez Pizarro, 2023). Este tipo de migración se distingue de los flujos tradicionales hacia países centrales, y presenta características particulares. Por ejemplo, si bien la migración en términos generales sigue siendo levemente masculina, al observar los países de origen la proporción de mujeres migrantes supera levemente a la de los hombres, especialmente en países como la República Dominicana, Brasil y Perú. Esta evidencia confirma la feminización progresiva de los flujos migratorios regionales (OIM, 2024).

Según el Informe sobre las Migraciones en el Mundo 2024 (OIM, 2024), América Latina y el Caribe registran un aumento sostenido de flujos migratorios intrarregionales. Acuerdos como los del MERCOSUR para la libre circulación de sus integrantes favorecen esta movilidad y le dan un marco regulatorio. Argentina es una de los países que reciben más inmigrantes (superando los 2 millones en 2020), lo siguen Colombia y Chile. Otro cambio significativo para la región ha sido que Brasil volvió a adherirse al Pacto Mundial para la Migración Segura, Ordenada y Regular al asumir Lula la presidencia en 2023. Sin embargo Chile ha puesto medidas más restrictivas en su normativa. En Uruguay, por ejemplo, se ha intensificado la llegada de personas provenientes de países como Venezuela, Perú, República Dominicana o Cuba, configurando un nuevo mapa migratorio que incluye mayor presencia de mujeres jóvenes y familias con hijos pequeños.

Los últimos datos disponibles en el Informe para la Migraciones 2024 de la OIM nos indican que son 281 millones los y las migrantes internacionales, siendo el 3,6% de la población del mundo. De ese porcentaje 135 millones de personas son del sexo femenino y 146 millones de sexo masculino. Los niños y niñas migrantes internacionales son 28 millones, representando el 1,4% de la población mundial, 169 millones son migrantes que trabajan y alrededor de 8500 migrantes han muerto o desaparecido. Esta última cifra es recabada por la OIM a partir de la creación del Proyecto sobre Migrantes Desaparecidos. Cuando suceden los terribles acontecimientos cerca de la Isla de Lampedusa, en Italia, donde unas 360 personas a bordo de un barco pesquero pierden la vida en octubre de 2013, la OIM comenzó a recopilar sistemáticamente esta información. El Proyecto “registró

más de 63.000 muertes y desapariciones en las rutas migratorias. En comparación con el año anterior, en 2023 se produjo un aumento de las muertes en el Mediterráneo, África y Asia, y se registró un número sin precedentes de víctimas mortales en estas dos últimas regiones” (OIM, 2024, p. 34)

De las personas desplazadas, los datos en el 2022 nos indican que existen 35,3 millones de refugiados, 5,4 millones solicitantes de asilo, 5,2 millones de desplazados de otra índole (principalmente venezolanos) y 71,2 millones de desplazados internos (62,5 por conflictos y violencia y 8,7 millones debido a desastres). Todos estos desplazamientos responden a condiciones estructurales tales como crisis económicas, violencia, persecución política, falta de oportunidades laborales o acceso restringido a servicios básicos en los países de origen (OIM, 2024). Sin embargo, también responden a proyectos personales, búsqueda de mejor calidad de vida y reunificaciones familiares, evidenciando que la migración es un fenómeno complejo y multidimensional.

Sassen (2020) va un poco más allá y hace una lectura de este siglo, y de cómo el “crecimiento de los países” debe comprenderse a la luz de los nuevos contextos de expulsiones derivadas de procesos económicos globales, que destruyen condiciones de vida. Entre ellas introduce la idea de los llamados “refugiados del desarrollo”, personas desplazadas por megaproyectos de infraestructura, actividades extractivas o reestructuraciones urbanas que se ven obligadas a abandonar sus territorios.

Esta historia de destrucciones de economías rurales y expulsiones que atraviesa varias décadas y que se ha disfrazado de “modernización y desarrollo” ha alcanzado niveles extremos hoy en día: grandes superficies de tierra y cuerpos de agua ahora están muertos debido a la minería, producción agrícola y extracción de agua por actores como Nestlé. Por lo menos algunas de las guerras y conflictos locales hoy en día en África, América Latina y Asia surgen de dicha destrucción y pérdida del hábitat, con el cambio climático reduciendo aún más las tierras habitables. (Sassen, 2020, p. 128-129)

A su vez, la migración contemporánea se caracteriza por su carácter transnacional. Esto implica que las personas migrantes no rompen necesariamente con su país de origen, sino que mantienen lazos activos, tanto económicos, como afectivos y simbólicos con sus lugares y personas de procedencia. Las familias transnacionales son ejemplo de ello, se organizan en múltiples territorios, distribuyen roles de cuidado, sostienen vínculos a través de llamadas, envíos de remesas, viajes, etc. (Fernandez y Daviña, 2019)

La maternidad migrante se inscribe, por tanto, en una geografía afectiva múltiple. Muchas mujeres son madres a distancia, otras atraviesan el embarazo o los primeros años de crianza en un entorno donde su red primaria ha quedado atrás. Estas experiencias se ven atravesadas por la distancia cultural, el idioma, la legalidad migratoria y la disponibilidad, o no, de espacios de contención, escucha y acompañamiento.

La migración no es un fenómeno neutro. Como plantea Stuart Hall (1990), toda identidad está situada en una historia y una geopolítica. En este sentido, las políticas migratorias, las prácticas de los Estados y la configuración social del país de acogida son elementos para comprender cómo se da la inserción o la exclusión de quienes llegan. Esto repercute directamente en la posibilidad de construir vínculos afectivos seguros, tanto con el entorno como con los propios hijos.

En este sentido, las condiciones de vida de las personas migrantes no pueden comprenderse al margen de los determinantes sociales de la salud, es decir, los factores estructurales que inciden en la salud integral y las oportunidades de vida. En América Latina, la situación migratoria, la precariedad laboral, las barreras en el acceso a la salud, la educación y la vivienda, así como las redes comunitarias de apoyo, configuran condiciones estructurales que amplían o restringen las posibilidades de salud y bienestar (OPS, 2019; Cabieses, Bernal, & McIntyre, 2017). Los determinantes nos permiten situar las experiencias familiares y los procesos de apego en contextos de desigualdad, pero también de resiliencia y agencia. Desde esta perspectiva, el análisis del caso uruguayo permite observar cómo estos determinantes se traducen en políticas, condiciones de vida y experiencias familiares concretas.

En el campo de la salud colectiva latinoamericana, Enrique Saforcada (2012), propone un enfoque integral entendiendo la salud como un proceso social, político y comunitario. En sus trabajos, cuestiona la visión biomédica tradicional, centrada en el cuerpo y en la enfermedad, y plantea que la salud es una construcción colectiva que depende de las condiciones de vida, los vínculos y las formas de organización social (Saforcada, 2012). Saforcada lo plantea de la siguiente forma: “el paradigma de salud comunitaria tiene como eje la gestión de salud positiva y su componente principal, entendiéndose, el poder de decisión último, es la comunidad; el componente equipo profesional se inserta en una posición participativa pero no tiene la última palabra.” (p. 5)

Desde esta perspectiva, los determinantes de la salud no se reducen a conductas personales ni a factores biológicos, sino que remiten a las condiciones materiales y simbólicas en las que las personas viven. Es decir, al acceso al trabajo, la vivienda, la

educación, la alimentación o la atención sanitaria, pero también a las experiencias afectivas, a las redes sociales y a los modos de participación comunitaria. Saforcada (2012) insiste en que la salud se produce en la interacción entre lo biológico, lo psíquico y lo social, y que los contextos culturales e históricos en los que transcurre la vida cotidiana tienen un peso decisivo en ese proceso.

En Uruguay el marco regulatorio contempla los derechos de los migrantes y sus familias. Es imposible no mencionar la Ley 18.250 de Migraciones (2008) y su primer artículo:

El estado uruguayo reconoce como derecho inalienable de las personas migrantes y sus familiares sin perjuicio de su situación migratoria, el derecho a la migración, a la reunificación familiar, al debido proceso y acceso a la justicia, así como a la igualdad de derechos con los nacionales, sin distinción alguna por motivos de sexo, raza, color, idioma, religión o convicción, opinión política o de otra índole, origen nacional, étnico o social, nacionalidad, edad, situación económica, patrimonio, estado civil, nacimiento o cualquier otra condición. (Ley No. 18250, 2008, art. 1)

También se sancionó la Ley 18.076 sobre Refugio (2006) normativas claves en la política nacional. A su vez el Decreto 394 del año 2009 reglamentó la ley de migración y creó así la Junta Nacional de Migración como un órgano asesor y coordinador de políticas migratorias del Poder Ejecutivo. Si bien la legislación uruguaya configura un marco de reconocimiento formal de derechos, su concreción práctica depende de políticas interinstitucionales que aseguren la inclusión efectiva y la protección integral de las familias migrantes en el territorio.

Los últimos datos analizados para el país muestran que la migración no solo implica la llegada de adultos jóvenes, sino también la presencia y nacimiento de niños. Los informes derivados de la Etnoencuesta de Inmigración Reciente (ENIR, 2018) señalan que en comunidades con mayor antigüedad de asentamiento, como la peruana y la dominicana, es más frecuente encontrar hijos nacidos en Uruguay y co-residentes con sus padres. En contraste, en los flujos más recientes, particularmente el venezolano y el cubano, aún predomina la presencia de hijos en el país de origen, aunque las tendencias indican que con el paso del tiempo disminuye este número y aumenta el de hijos nacidos en Uruguay, a medida que los hogares logran procesos de reunificación familiar y mayor estabilidad residencial.

Por su parte, el informe de UNICEF, el Observatorio de Movilidad, Infancia y Familia en Uruguay y la Udelar (2020) sobre “Dinámicas familiares de las personas migrantes en la ciudad de Montevideo” muestra que en los hogares venezolanos y peruanos la mayoría de los hijos ya conviven con ambos padres en Montevideo, lo que revela una creciente consolidación de núcleos familiares en el país. Asimismo, se confirma la existencia de una segunda generación de niños y adolescentes, hijos de migrantes nacidos en Uruguay, cuyas condiciones educativas y de bienestar tienden a equipararse a las de los niños nativos. Estas evidencias permiten afirmar que la niñez migrante en Uruguay se compone tanto de menores que llegan con sus familias como de aquellos nacidos en territorio nacional, lo que plantea desafíos específicos en términos de crianza y apego temprano en contextos culturales nuevos para sus padres.

Los datos muestran también la coexistencia de unidades familiares y residenciales; la primera incluye a parientes que pueden residir dentro o fuera de Uruguay, mientras que la segunda refiere sólo a quienes cohabitan en Montevideo. Esta distinción visibiliza la importancia de los arreglos familiares transnacionales, en los que parte de los hijos permanece en el país de origen o bajo el cuidado de otros familiares, mientras uno o ambos padres migran.

El informe destaca que las comunidades cubana y dominicana presentan una mayor proporción de familias monoparentales con jefatura femenina, y que muchos de sus hijos permanecen en el extranjero. En cambio, entre venezolanos y peruanos se observa con más frecuencia la migración de núcleos familiares completos, lo que disminuye la separación entre unidad familiar y unidad residencial. La presencia de hogares unipersonales también es significativa, reflejando proyectos migratorios iniciales de personas que luego pueden iniciar procesos de reunificación.

La situación de los niños y adolescentes varía según el origen nacional y el tiempo de residencia. Entre las familias dominicanas, más del 80% tiene hijos menores, mientras que entre los peruanos y venezolanos la proporción se ubica entre el 33% y el 46%. En el caso cubano, la presencia de niños es más reducida, en parte porque se trata de un flujo más reciente. Un aspecto clave es la corresponsabilidad de los cuidados. Mientras que en las familias venezolanas y peruanas la mayoría de los niños conviven con ambos padres en Uruguay, en las cubanas y dominicanas una parte importante permanece al cuidado de abuelas u otros familiares en el exterior. Estas configuraciones confirman la vigencia de maternidades transnacionales, donde la ausencia física de la madre no implica desvinculación afectiva, sino un esfuerzo por sostener a distancia la crianza y el bienestar económico de los hijos.

El acceso a la vivienda aparece como uno de los principales desafíos que enfrentan las personas migrantes en la ciudad de Montevideo. Las piezas de las pensiones constituyen, en muchos casos, la única alternativa habitacional disponible para quienes recién llegan al país o para aquellos que suelen contar con escasa información y redes de apoyo limitadas. Esto se vuelve especialmente difícil para quienes aún no han regularizado su situación migratoria o no pueden acceder a los sistemas formales de garantía de alquiler (Boggio et al, 2019). De acuerdo al informe de UNICEF, el Observatorio de Movilidad, Infancia y Familia en Uruguay y la Udelar (2020), las condiciones habitacionales también evidencian fuertes desigualdades. En los hogares con niños, se observa una mayor tendencia a acceder a viviendas particulares, aunque persiste el hacinamiento, especialmente en las familias cubanas y dominicanas, con un promedio de hasta 2,6 personas por dormitorio. Estas condiciones materiales inciden directamente en la experiencia de la infancia y en la posibilidad de generar entornos seguros.

En el plano educativo, los hogares venezolanos destacan por un clima educativo más favorable (alto nivel de estudios de los adultos), mientras que los dominicanos se concentran en niveles primarios, lo que condiciona sus oportunidades de inserción laboral. En términos de ingresos, todas las comunidades migrantes presentan niveles significativamente más bajos que los hogares montevideanos, lo que ubica a muchas familias en situaciones de precariedad.

El cuidado infantil también impacta en la inserción laboral femenina. En varios hogares, las mujeres reducen o abandonan su participación en el mercado de trabajo para asumir las tareas domésticas y de cuidados, reproduciendo desigualdades de género que se intensifican en el contexto migratorio. Tener hijos para los migrantes en Uruguay también supone la penalización de las maternidades y las tareas de cuidado en el mercado de trabajo.

Este panorama permite articular la discusión sobre apego temprano en contexto migratorio. La inestabilidad residencial, la precariedad laboral y la separación familiar transnacional suponen factores de riesgo para la conformación de vínculos seguros en la infancia. Al mismo tiempo, las estrategias de cuidado a distancia, la centralidad de las redes familiares (en especial el rol de abuelas y otras mujeres) y la migración de núcleos completos muestran la capacidad de las familias migrantes para sostener lazos afectivos aun en condiciones adversas.

La migración en Uruguay se configura como un proceso familiar y generacional. Los niños y niñas presentan trayectorias marcadas por mudanzas, cambios de referentes

afectivos y adaptación a nuevas instituciones educativas y comunitarias. Estas experiencias deben ser consideradas al analizar el apego temprano en contextos de movilidad, ya que revelan la interacción entre condiciones materiales, redes transnacionales y vínculos emocionales en la crianza migrante.

4. Los aportes de la teoría del apego para pensar la maternidad en la experiencia migratoria

En los siguientes subcapítulos intentaré analizar la teoría del apego desde sus orígenes hasta sus desarrollos actuales, teniendo en presente los factores culturales que la atraviesan. Con frecuencia, se pueden interpretar de manera apresurada ciertas dificultades en el vínculo entre madres e hijos pequeños como una “falta de apego”, sin considerar el contexto cultural en que se inscriben. Esta mirada limitada impide reconocer otras formas de relacionarse y dificulta intervenciones más ajustadas y respetuosas de la diversidad y las relaciones humanas. Nadie niega el valor de la teoría ni la relevancia de sus aportes, pero sí es necesario revisar las formas en que se aplica, especialmente cuando se la traslada a realidades socioculturales distintas a aquellas en las que fue formulada.

4.1 John Bowlby y la teoría del apego

John Bowlby es considerado el fundador de la teoría del apego. Su trabajo supuso un cambio profundo en la forma de entender los vínculos tempranos y su importancia en el desarrollo humano que perdura hasta hoy. A mediados del SXX la relación madre-hijo se interpretaba como una necesidad derivada de la alimentación o de ciertas necesidades fisiológicas que debían ser satisfechas. Bowlby sostuvo que el apego era una necesidad primaria y universal, una conducta instintiva del niño en la que activa una serie de conductas con el fin de aproximarse a su madre. (Bowlby, 1998). p. 248

El interés de Bowlby surgía de su práctica clínica con niños que habían sufrido la institucionalización debido al impacto de la Segunda Guerra Mundial. Muchos niños fueron separados de sus familias, y Bowlby observó que sufrían ansiedad, retraimiento y dificultades para establecer vínculos. La Organización Mundial de la Salud le encomienda en el año 1951 que escribiera un informe recabando sus experiencias, que finalmente publica bajo el título “Cuidado maternal y Salud Mental”. Posteriormente le da fuerza a su teoría y escribe una trilogía del Apego, donde afirma que “la mayoría de los bebés de alrededor de tres meses ya reaccionan de manera diferenciada a la madre y de modo

distinto que a las demás personas” (Bowlby, 1998, p. 274), aseverando que mientras el niño se encuentre frente a su figura de apego o esté cercano a ella, se va a sentir seguro.

Desarrolló su teoría del apego desde un enfoque biologicista y etológico, propio del contexto científico de la época, buscando explicar los comportamientos de apego a partir de la observación de la conducta animal y su función adaptativa. En este sentido, intentó establecer paralelos entre las interacciones madre-cría en distintas especies y los vínculos tempranos humanos, otorgando al apego un fundamento evolutivo más que cultural (Bowlby, 1998).

Otro de sus conceptos importantes es el de base segura, concepto que luego retomaría y daría continuidad Mary Ainsworth en sus trabajos de campo. Bowlby (1998) utiliza la expresión “empleo de la madre como base para explorar” y manifiesta que es una figura confiable que no solo brinda protección, sino que también permite que el niño explore y aprenda con confianza. La seguridad afectiva se convierte en el punto de partida de la autonomía. A su vez advierte que el niño estaría biológicamente dispuesto a establecer conductas de apego hacia una sola figura principal, conductas que se expresan mayoritariamente hacia la madre.

4.2 La situación extraña de Mary Ainsworth

Ainsworth transformó las ideas de Bowlby en un campo de investigación empírica. Observó directamente cómo se configuraban los vínculos y creó herramientas para medirlos. En sus investigaciones en Uganda y luego en Estados Unidos, Ainsworth describió la importancia de la sensibilidad materna. Madres que responden con rapidez y coherencia a las señales del bebé tendían a favorecer un apego seguro. En cambio, la falta de respuesta sensible se relacionaba con apegos inseguros. Es interesante observar este pasaje en la literatura, ya que Bowlby se concentraría más en las conductas de los niños ante la figura de apego, y Ainsworth se centrará más en las conductas maternas en la diada madre-hijo.

Es así que en 1978, Ainsworth diseñó la llamada Situación Extraña, un procedimiento estandarizado en laboratorio que permitía observar cómo los niños de alrededor de un año responden a separaciones y reencuentros con su madre. Afirmaba que “el patrón básico de conducta de apego y exploración se mostrará perturbado o distorsionado en la medida en que el bebé tenga la experiencia de una figura de apego que no esté disponible ni responda” (Carlson y Causadias, 2014). De allí surgió la clasificación

en tres patrones: seguro (explora con la madre presente, se angustia al separarse y se calma al reencontrarse), inseguro-evitativo (muestra indiferencia en la separación y evita el contacto al regreso) e inseguro-resistente o ambivalente (combina búsqueda de cercanía con enojo o resistencia). Posteriormente, Main y Solomon (1990, citado en Carlson y Causadias, 2014) añadieron el apego desorganizado/desorientado, asociado a comportamientos contradictorios e inexplicables. La Situación Extraña permitió observar de forma concreta la “base segura” planteada por Bowlby. Los niños con apego seguro usaban a la madre como punto de referencia desde donde explorar y como refugio al cual regresar para calmarse.

4.3 La crítica cultural de Heidi Keller

Keller fue una destacada psicóloga del desarrollo. En su texto “Afirmación de universalidad de la teoría del apego: el desarrollo socioemocional de los niños en diferentes culturas” (2018) revisa los postulados básicos de la teoría del apego y los analiza frente a diferentes estrategias de socialización cultural. Uno de sus argumentos centrales es que, aunque la teoría del apego dice ser universal, muchos de sus supuestos parten de un modelo occidental (clase media educada, hogar nuclear, una visión del niño como agente autónomo) que no se corresponden con muchas de las realidades culturales. Afirma de esta forma que:

(...) la sensibilidad en la teoría del apego se basa en un concepto de la persona y del yo diferente a los de los conceptos de buen cuidado en muchas familias rurales de agricultores de subsistencia. Evaluar un sistema con los estándares de otro ignora realidades y sistemas de valores diferentes. (2018, p. 1)

Plantea a su vez problemas éticos al aplicar la teoría sin considerar la cultura, ya que puede implicar juicios de valor, como buena o mala crianza, que afectan directamente a las personas involucradas.

La práctica común de intervenciones a gran escala en contextos rurales de subsistencia, que promueven estrategias de crianza al estilo occidental, sin conocer la cultura local, plantea una falsa interpretación de la evidencia científica en contraposición al conocimiento cultural. Esta práctica es contraria a la ética. La diversidad debe reconocerse como parte de la condición humana, y reconocerla es una obligación tanto para una mejor ciencia como para mejorar la vida de las personas. (2018, p. 5)

A partir de investigaciones transculturales, Keller (2018) muestra que en muchos contextos no occidentales los niños son criados por múltiples cuidadores y se valoran otras competencias emocionales, como la obediencia, la modestia o la contribución al grupo. En esos entornos, las conductas clasificadas como “inseguras” desde la perspectiva clásica pueden, en realidad, expresar una forma adaptativa de vínculo. De este modo, la autora distingue entre la existencia universal del sistema de apego, como necesidad biológica de protección y vínculo, y la diversidad cultural de sus manifestaciones. Es más, afirma rotundamente que “la psicología de las personas occidentales, educadas, industrializadas, ricas y democráticas” (WEIRD por sus siglas en inglés) es más una excepción, que la regla a escala mundial.

Keller (2013) concluye que no existe un único camino hacia el apego seguro, sino múltiples configuraciones legítimas de confianza y pertenencia. Por ello, invita a revisar los estándares universales en investigación y a incorporar una mirada ecocultural que permita comprender las diferentes formas de construir apego y bienestar emocional en cada contexto. Para ello propone seguir los lineamientos de la teoría ecológica de Urie Bronfenbrenner y concebir al desarrollo como la interacción de varios sistemas, el microsistema de las relaciones inmediatas (personas del entrono directo del niño), el mesosistema de las interacciones entre contextos (padres, relación entre educación y cuidado), el exosistema de las estructuras sociales que influyen directamente en el individuo (formales e informales), el macrosistema de los valores culturales y creencias compartidas y el cronosistema del tiempo y los cambios históricos y vitales que modifican los anteriores (Sadownik, 2023). Los vínculos entre cuidador-infante afirma, no pueden entenderse sin comprender cómo se relacionan estos sistemas más amplios.

Es necesario mencionar que dentro de los estudios transculturales recientes del apego, la noción de universalidad sigue siendo un tema en debate, ya que autores como Posada et al (2016) en su publicación “Sensibilidad materna y uso de la base segura por parte del niño en la primera infancia: estudios en diferentes contextos culturales”, señalan que la sensibilidad materna se asocia de manera significativa con la seguridad del apego en la primera infancia, incluso en contextos culturales diversos. A pesar de las diferencias sociales, culturales y económicas entre las muestras (madres peruanas, colombianas, mexicanas, incluidas madres migrantes mexicanas en Estados Unidos), los autores encuentran que ciertos componentes del cuidado materno, como la contribución a interacciones armoniosas, el apoyo de base segura y la supervisión, se vinculan con un mayor uso de la base segura por parte de los niños. No obstante, el estudio reconoce limitaciones metodológicas y subraya la necesidad de investigaciones futuras que

profundicen en los contextos sociales y culturales para comprender cómo se construye y sostiene el apego en la primera infancia. No obstante, la migración no constituye una categoría analítica central del estudio, sino que funciona como un contexto específico dentro de la comparación cultural, lo que limita la comprensión de cómo las condiciones migratorias específicas inciden en la construcción del apego temprano.

5. La maternidad en el contexto de la experiencia migratoria

En este capítulo abordaré el vínculo entre maternidad y experiencia migratoria a partir de dos textos académicos que considero significativos para el desarrollo de este trabajo. Por un lado, el estudio noruego “ El viaje emocional de la maternidad en la migración. El caso de las madres del sur de Europa en Noruega” de Raquel Herrero-Arias, Ragnhild Hollekim, Haldis Haukanes y Aase Vagli (2020), centrado en las experiencias emocionales cotidianas de la maternidad en contexto migratorio. Permite comprender cómo el proceso migratorio atraviesa la construcción de la maternidad y los modos de ejercer el cuidado en un nuevo contexto cultural. Por otro lado, el trabajo chileno “Haitianización de la migración: La falta de apego de mujeres haitianas en el discurso médico de la ciudad de Rancagua” de Cociña-Cholaky y Rodríguez-Garrido (2024), ofrece una mirada complementaria al enfocarse en la percepción del personal médico respecto al apego en mujeres haitianas, revelando cómo las prácticas sanitarias pueden reproducir discursos racializados. La articulación de ambos enfoques resulta relevante para este trabajo, ya que permite observar tanto la dimensión subjetiva de la maternidad migrante (desde la voz de las propias mujeres) como las representaciones institucionales que inciden en su atención y reconocimiento en los sistemas de salud.

En su investigación sobre maternidad y migración, Herrero-Arias et al (2020) analizan las experiencias de mujeres del sur de Europa, griegas, italianas y españolas, que crían a sus hijos en Noruega. Participaron del estudio 15 madres: dos de Grecia, dos de Italia y once de España. Tenían entre uno y dos hijos, y sus edades iban desde los ocho meses hasta los 17 años. Nueve de ellas fueron madres después de migrar. A partir de entrevistas y grupos focales, las autoras proponen entender la maternidad migrante desde las emociones, donde las mujeres atraviesan sentimientos ambivalentes al intentar conciliar los modelos culturales y afectivos de ambos países.

Utilizando la perspectiva de Arlie Hochschild, las autoras destacan la importancia de las “reglas de sentimiento” y del “trabajo emocional” que las mujeres realizan para

adecuarse a las expectativas sociales de lo que significa “ser una buena madre”. Este proceso ocurre dentro de un marco cultural occidental que privilegia el ideal de lo que se llama “maternidad intensiva” (Hays, 1998, citado en Herrero-Arias et al., 2020), caracterizada por una crianza emocionalmente absorbente, experta y centrada en el niño. En Noruega, las participantes reconocen que este modelo se expresa a través de prácticas más dialogadas, igualitarias y orientadas a la autonomía infantil, mientras que en los países del sur de Europa predominan estilos más protectores, directivos y basados en la obediencia.

Estas diferencias generan una tensión expresada por las participantes. Por un lado, las madres sienten orgullo y alivio al incorporar prácticas que perciben como más respetuosas con sus hijos. Por otro, experimentan culpa o vergüenza cuando sienten que no logran alcanzar los estándares noruegos o cuando las costumbres de sus países son vistas como inadecuadas. Al regresar a sus lugares de origen, vuelven a enfrentar juicios; ahora lo que en Noruega se considera que promueve la autonomía, en sus lugares de origen puede ser interpretado como desinterés o falta de control (Herrero-Arias et al, 2020) . La maternidad migrante se vuelve así en un espacio de permanente negociación entre normas, identidades y pertenencias.

A la vez, las autoras muestran que la culpa no proviene solo del contraste cultural, sino también de condiciones estructurales. Las participantes describen que en sus países de origen, la falta de políticas familiares y de licencias adecuadas dificultan conciliar el trabajo y los cuidados. En Noruega, la distancia de la red familiar y la sensación de soledad afectan el sostén cotidiano. Reconocer estos factores ayuda a las madres a comprender que muchas de sus dificultades no dependen únicamente de su desempeño, sino del contexto en el que se inscribe su experiencia. Las autoras destacan que las mujeres no son meras receptoras de normas culturales, sino agentes “emocionales” que negocian, reinterpretan y resignifican los mandatos de ambos lugares. A través del vínculo con sus hijos, elaboran un sentido de pertenencia múltiple.

El artículo de Cociña-Cholaky y Rodríguez-Garrido (2024) ofrece una mirada sobre cómo el discurso médico en Chile construye representaciones racializadas en torno a las mujeres haitianas y su maternidad. A partir de entrevistas con profesionales de la salud en la ciudad de Rancagua, las autoras analizan cómo ciertas prácticas y modos de cuidado son interpretados desde parámetros culturales hegemónicos, lo que da lugar a lecturas sesgadas sobre el vínculo madre-hijo.

Desde una perspectiva interseccional, el estudio muestra cómo se entrecruzan el género, la raza, la nacionalidad, la clase social y la edad en la atención sanitaria. Estas dimensiones no solo marcan la forma en que las mujeres haitianas son percibidas, sino que también determinan la calidad del trato que reciben dentro del sistema público. En este contexto, la supuesta “falta de apego” aparece como una categoría recurrente en el discurso médico, utilizada para explicar las diferencias culturales en el modo en que las madres haitianas se relacionan con sus bebés (Cociña-Cholaky y Rodríguez-Garrido, 2024).

Las autoras identifican dos categorías analíticas principales: “el apego en tensión” y “lo otro, lo negro y lo malo”. En el primero, los profesionales de la salud tienden a asociar la conducta más reservada o silenciosa de las madres haitianas con una carencia afectiva o una falta de vínculo emocional. Estas interpretaciones se sustentan en una mirada que atribuye el desapego a la pobreza o a las difíciles condiciones de vida en Haití. Sin embargo, esta lectura invisibiliza otros factores sociales y simbólicos, como las distintas maneras de expresar el afecto o de ejercer la maternidad según el contexto cultural. En este sentido, las autoras señalan que el sistema biomédico chileno tiende a medir la maternidad también desde el modelo de la “maternidad intensiva” (Hays, 1996, citado en Cociña-Cholaky y Rodríguez-Garrido, 2024), que idealiza a la madre afectuosa y completamente disponible. Las mujeres que no se ajustan a este ideal son fácilmente etiquetadas como “desapegadas” o “negligentes”.

La segunda categoría, “lo otro, lo negro y lo malo”, revela cómo la discriminación racial atraviesa la mirada médica. Las mujeres haitianas son descritas como “rústicas”, “incivilizadas” o “difíciles de educar”, y sus prácticas culturales durante el parto (como cantar, rezar o moverse para aliviar el dolor) son interpretadas como signos de irracionalidad.

El estudio advierte que esta forma de comprender la maternidad haitiana responde a una lógica más amplia de “haitianización de la migración”, donde la diferencia racial y cultural se convierte en el eje de la exclusión. En lugar de reconocerse la diversidad de modos de maternar, se impone una visión homogénea que confunde diferencia con déficit.

En definitiva, Cociña-Cholaky y Rodríguez-Garrido destacan la necesidad de repensar la atención sanitaria desde una perspectiva intercultural e interseccional, que reconozca la pluralidad de expresiones afectivas y los distintos modos de construir el vínculo madre-hijo. Solo a partir de este reconocimiento es posible avanzar hacia un sistema de salud más inclusivo, capaz de integrar la diversidad.

6. Desafíos de la construcción del vínculo madre- hijo en la situación migratoria

Sin lugar a dudas, todas las madres enfrentan distintos desafíos al momento de establecer los primeros vínculos con sus hijos. En el caso de la migración, como se ha desarrollado en capítulos anteriores, las condiciones del proceso migratorio pueden afectar de manera significativa la instalación de los primeros lazos afectivos. La distancia de las redes familiares, las barreras culturales y lingüísticas, o la propia experiencia de desarraigo pueden generar un contexto de vulnerabilidad que incide en la relación temprana. En las próximas líneas abordaré la propuesta de la clínica transcultural como una perspectiva que, desde la psicología, ofrece herramientas para comprender y acompañar estas problemáticas, reconociendo el papel de la cultura en la construcción del vínculo madre-hijo.

6.1 La clínica transcultural de Marie Rose Moro

*“La cultura permite una codificación de la experiencia de un individuo,
ella permite anticipar la dirección de lo que puede suceder
y por tanto el control de la violencia de lo inesperado,
y en consecuencia, del sinsentido.
La cultura busca poner a disposición del sujeto
una forma de interpretar el mundo.”
(Moro, 2019, p.18)*

Para poder analizar uno de los posibles abordajes de la psicología en el campo de las migraciones, propongo tomar los conceptos más relevantes de la clínica transcultural de Moro. La clínica transcultural toma los aportes de la psiquiatría, la antropología y la psicología. Nace en Francia a partir de los trabajos de Georges Devereux, quien propuso que toda conducta debía entenderse desde lo cultural y desde lo psicológico, dando origen al término etnopsicoanálisis (Moro, 2019).

Su práctica se sostiene en tres principios, el descentramiento, la complementariedad y la universalidad psíquica. El decentramiento es un movimiento interno que el profesional debe realizar para salir de su propio marco cultural, no creerse el centro, sin juzgar ni interpretar desde sus propios valores. Significa reconocer que no hay una única manera válida de entender la realidad, sino múltiples formas, todas culturalmente construidas. La

complementariedad es el principio que busca articular distintas perspectivas sin que una invalide a la otra. Moro (2022) sostiene que no se trata de elegir entre la medicina occidental y las creencias tradicionales, sino de hacerlas dialogar, encontrando un punto de encuentro. A partir de la idea de universalidad psíquica se desprende la necesidad de darle el mismo estatuto ético, científico y clínico a todas las personas, sus producciones culturales y psíquicas, sus formas de vivir y de pensar, aunque sean diferentes.

Al respecto del apego Moro (2019) lo vincula directamente con la narratividad. El sentido de quiénes somos no surge de manera aislada, sino que se va tejiendo en los primeros vínculos, en los momentos donde se comparten gestos, miradas y emociones. A través de estas experiencias tempranas el niño empieza a reconocer regularidades, a anticipar lo que puede suceder y, poco a poco, a construir una historia sobre sí mismo. La cultura actúa como un marco que ayuda a organizar esas vivencias, ofreciendo claves para interpretar el mundo y darle sentido.

Desde muy temprano, incluso antes de poder hablar, los bebés expresan y transforman lo que viven mediante el cuerpo: movimientos, ritmos, juegos o posturas que comunican mucho más de lo que las palabras todavía no pueden decir. Siguiendo a Haag y a los trabajos de Tardos, Moro (2019) afirma que puede pensarse que esas primeras formas de expresión son ya una narración preverbal, una manera corporal y simbólica de representar la experiencia.

Los estudios sobre apego muestran que la calidad de esos lazos tempranos deja una huella profunda en la forma en que más adelante las personas logran construir relatos sobre sí mismas, y sobre los demás. En ese entramado entre apego y narración se sostiene algo esencial: la posibilidad de contarse la propia vida, de poner en palabras o en gestos la experiencia, y de reconocerse como protagonista de una historia. Moro (2019) lo plantea de la siguiente forma:

Incluso los bebés necesitan una historia, y una historia que no sea solamente una historia médica, sino una historia que sea también, y sobre todo, una historia relacional, que es la que les permite inscribirse en su doble filiación, materna y paterna, y poner en marcha sus procesos de afiliación y filiación. (Moro, p. 47)

Moro (2013) plantea que las migraciones pueden funcionar como un “factor de riesgo”, pero también como una oportunidad potencialmente creativa, tanto para los niños y sus familias como para los profesionales de la salud. Si bien muchas familias migrantes

atraviesan diversas dificultades vinculadas a la subsistencia, esa misma experiencia puede abrir nuevos modos de vincularse y de construir significados compartidos. Sin embargo, cuando las preocupaciones cotidianas se centran exclusivamente en sobrevivir, las madres y los padres se enfrentan al desafío de transmitir a sus hijos algo más que la precariedad del mundo que los rodea.

A su vez, Moro (2013) reconoce que muchas de las técnicas y discursos del ámbito médico imponen una racionalidad que rara vez se comprende en su dimensión cultural; “estimamos, sin duda, que la técnica es neutra, que carece de impacto cultural y que basta con aplicar un protocolo para cumplir correctamente con el acto médico” (p. 67). Desde esta perspectiva, pensar la alteridad implica permitir que las madres puedan transitar su embarazo, parto y maternidad de manera no traumática, lo que requiere también repensar las técnicas y los modos de acompañamiento desde una mirada que contemple la diversidad cultural y simbólica de cada experiencia.

7. Reflexiones

En Uruguay, la literatura académica sobre maternidad migrante y vínculos tempranos es todavía escasa, lo que refuerza la necesidad de producir reflexiones que integren la perspectiva psicológica con los estudios sobre migración y salud. Este trabajo intenta ser un aporte en esta línea.

El fenómeno migratorio, lejos de ser un evento aislado, constituye un proceso vital y social que atraviesa cuerpos, historias y vínculos. En este marco, la maternidad en situación migratoria se presenta como una experiencia de profunda transformación, en la que confluyen dimensiones subjetivas, culturales y políticas. Pensar el apego temprano desde la psicología implica reconocer que los vínculos no se construyen únicamente entre dos personas, sino en un entramado más amplio de relaciones y condiciones de vida.

A lo largo de este trabajo he destacado que el apego, más que un modelo universal (debate que aún continúa abierto) se trata de una construcción relacional situada. Las teorías de Bowlby y Ainsworth proporcionan un marco para comprender la necesidad de seguridad y proximidad en los primeros años de vida, mientras que las críticas culturales de Keller y las perspectivas de la clínica transcultural amplían la comprensión del apego como fenómeno culturalmente mediado.

La maternidad migrante exige revisar las categorías tradicionales de apego y cuidado. Las mujeres que crían en contextos nuevos ponen en juego saberes, estrategias y afectos que desafían los modelos homogéneos de crianza. En este sentido, la psicología puede ofrecer herramientas para acompañar sin imponer, para escuchar activamente y para crear espacios donde las diferencias se transformen en fuentes de riqueza simbólica y afectiva.

En definitiva, promover el apego temprano en contextos migratorios supone reconocer la singularidad de las maternidades diversas, respetar los modos culturales de cuidado y garantizar las condiciones materiales que hacen posible la presencia emocional. El vínculo madre-hijo, más que un hecho biológico, es un acto relacional y político que refleja cómo una sociedad cuida y sostiene a quienes la habitan.

8. Referencias

Baltica Cabieses, Margarita Bernal y A. M. McIntyre (2017). *La migración internacional como determinante social de la salud en Chile: evidencia y propuestas para políticas públicas*.

https://www.udd.cl/dircom/pdfs/Libro_La_migracion_internacional.pdf

Boggio, K. (2012). Plan de Actividades. Postulación al Régimen de Dedicación Total. Facultad de Psicología. Udelar.

Boggio, K., Funcasta, L., de León, V. y Olhaberry, C. (2019). Montevideo. Entrando a la ciudad con paso de inmigrante. En S. Aguiar, V. Borrás, P. Cruz, L. Fernández, M. Pérez (Coords.), *Habitar Montevideo: 21 miradas de ciudad* (pp. 481-501) La Diaria, FCS Udelar, IM, Fesur.

Bowlby, J. (1998). El apego. (Vol. 1 de *El Apego y la pérdida*). Barcelona: Paidós.

Carlson, E. A. y Causadias, J. M. (2014). La observación y evaluación del apego en la infancia. En B. Torres de Cádiz, J. M. Causadias y G. Posada (Eds.), *La teoría del apego: Investigación y aplicaciones clínicas* (pp. 131-150). Madrid: Psimática.

Cecchini, S., y Martínez Pizarro, J. (2023). *Migración internacional en América Latina y el Caribe: una mirada de desarrollo y derechos*. Revista de la CEPAL, 141, 177–202.

<https://doi.org/10.18356/16840348-2023-141-7>

Cociña-Cholaky, M., y Rodríguez-Garrido, P. (2024). *Haitianización de la migración: La falta de apego de mujeres haitianas en el discurso médico de la ciudad de Rancagua, Chile*. Población & Sociedad, 31(1), 1–26. <https://doi.org/10.19137/pys-2024-310104>

Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). (2018). *La institucionalidad migratoria en Uruguay*. CEPAL.
https://www.cepal.org/sites/default/files/events/files/la_institucionalidad_migratoria_en_el_uruguay.pdf

Cruces, F. (2012) *Hacia Cosmópolis*. Eduardo Nivón (coord.) *Voces Híbridas. Reflexiones en torno a la obra de García Canclini*. México: Siglo XXI Editores, ISBN 978-607-03-0445-3, pp. 97-114.

Fernández-Hawrylak, M., y Heras Sevilla, D. (2019). *Familias transnacionales, familias inmigrantes: Reflexiones sobre su inclusión en la escuela*. Revista de Sociología de la Educación (RASE), 12(1), 24–39. <https://doi.org/10.7203/RASE.12.1.12787>

Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF Uruguay), Programa de Población de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República (Udelar) y Observatorio de Movilidad, Infancia y Familia en Uruguay (OMIF). (2020). *Dinámicas familiares de las personas migrantes en la ciudad de Montevideo: Serie de informes temáticos con base en la Etnoencuesta de Inmigración Reciente*. UNICEF Uruguay. Recuperado de https://bibliotecaunicef.uy/documentos/241_Dinamicas_familiares_migrantes_Montevideo.pdf

Herrero-Arias, R., Hollekim, R., Haukanes, H., y Vagli, Å. (2020). *The emotional journey of motherhood in migration: The case of Southern European mothers in Norway*. *Migration Studies*, 9(3), 1230–1249. <https://doi.org/10.1093/migration/mnaa006>

Instituto Nacional de Estadística (INE), Organización Internacional para las Migraciones (OIM) y Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA). (2018). *Etnoencuesta de Inmigración Reciente en Uruguay (ENIR 2018)*. Montevideo: INE. <https://www.ine.gub.uy/enir>

Keller, H. (2013). *Attachment and culture*. *Journal of Cross-Cultural Psychology*, 44(2), 175–194. https://www.researchgate.net/publication/258144317_Attachment_and_Culture

Keller, Heidi. (2018). *Universality claim of attachment theory: Children's socioemotional development across cultures*. *Proceedings of the National Academy of Sciences*. https://www.researchgate.net/publication/328755919_Universality_claim_of_attachment_theory_Children's_socioemotional_development_across_cultures

Ley No. 18.520. (2008). *Ley de Migración*. Diario Oficial de la República Oriental del Uruguay, IMPO. <https://www.impo.com.uy/bases/leyes/18250-2008>

Moro, M. R. (2013). *Desarrollo del bebé, niño y adolescente en situación transcultural*. *Psicopatología y Salud Mental del Niño y del Adolescente*, 21, 65–67. <https://www.fundacioorienta.com/wp-content/uploads/2019/02/Moro-Marie.pdf>

Moro, M. R. (2022). *Madres, padres, bebés, familias y diversidad cultural*. España: ASMI.

Moro, M. R. y Bernard, G. (2019). *Crece en situación transcultural. Una oportunidad para las infancias*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores

Monterrosa-Castro, Á., Rincón-Teller, D., y Barbosa-Burgos, M. A. (2024). *Apego materno-fetal y apego materno-neonatal en el contexto de una maternología humanizada*. Revista AGOG, 6(2), 57–65.
<https://repositorio.unicartagena.edu.co/items/dc9297ec-8a84-4c01-a145-cfec11e85fb>

OPS (2019). *Sociedades justas: equidad en la salud y vida digna. Informe de la Comisión de la Organización Panamericana de la Salud sobre Equidad y Desigualdades en Salud en las Américas*. <https://iris.paho.org/handle/10665.2/51615>

Organización Internacional para las Migraciones. (2024). *Informe sobre las migraciones en el mundo 2024*. <https://publications.iom.int/books/world-migration-report-2024>

Posada, G., Trumbell, J., Noblega, M., Plata, S., Peña, P., Carbonell, O. A., & Lu, T. (2016). Maternal sensitivity and child secure base use in early childhood: Studies in different cultural contexts. *Child Development*, 87(1), 297-311.

Programa. Fundamentos históricos y políticos de las prácticas en Psicología. (s.f) Facultad de Psicología. Udelar.
http://www.psico.edu.uy/sites/default/files/fundamentos_historicos_y_politicos_de_las_practicas_en_psicologia_2.pdf

Sadownik, A. R. (2023). *Bronfenbrenner: Ecology of human development in Ecology of Collaboration* (pp. 83-95). En A. R. Sadownik & A. Višnjić Jevtić (Eds.), *(Re)theorising more-than-parental involvement in early childhood education and care* (International Perspectives on Early Childhood Education and Development 40). Springer.
https://www.researchgate.net/publication/373383997_Bronfenbrenner_Ecology_of_Human_Development_in_Ecology_of_Collaboration

Saforcada, E. (2012). *Salud comunitaria, gestión de salud positiva y determinantes sociales de la salud y la enfermedad*. *Aletheia*, 37, 1–13.

<https://pepsic.bvsalud.org/pdf/aletheia/n37/n37a02.pdf>

Sassen, S. (2003). *Contra geografías de la globalización: Género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos*. Madrid: Traficantes de Sueños.

<https://www.acuedi.org/ddata/9217.pdf>.

Hall, S. (1990). *Identidad cultural y diáspora*. En J. Rutherford (Ed.). Lawrence & Wishart.

Yuval-Davis, N. (2006). *Intersectionality and feminist politics*. *European Journal of Women's Studies*, 13(3), 193–209.

https://www.researchgate.net/publication/240714233_Intersectionality_and_Feminist_Politics